

# 11

## Cómo Empezaron Algunos a Colportar

EN TODO comienzo hay alguna inseguridad que produce cierto temor natural. Inicié una vez a un colportor cuyo primer cliente fue un comerciante. Ese recluta estaba tan nervioso que por tres veces casi pierde el aliento. Providencialmente, cada vez que llegaba ese instante crítico, entraba algún cliente, y el dueño nos dejaba para atenderlo. Eso salvó al colportor del desmayo. Sin embargo, al fin de esa accidentada presentación ocurrió el milagro. El hombre encargó los libros y dio un buen anticipo.

Felizmente, no todos los comienzos son tan difíciles. Además, esa nerviosidad desaparece tan pronto como uno empieza. Después de cuatro o cinco visitas, especialmente después que el novicio toma su primer pedido, la nerviosidad desaparece y el colportaje se vuelve natural y feliz, y con frecuencia emocionante.

Por supuesto, cuanto mejor preparado esté el principiante, menos nerviosidad sentirá, y más fácil y exitoso será el comienzo.

Para facilitar y asegurar el éxito desde el principio, y para no privar a la gente de los libros y revistas de vida que tanto necesitan, el colportor debe memorizar bien el relato de venta, los puntos de reserva y el manejo del prospecto.

Además, cuanto mejor comprenda el colporteur que esta obra es de Dios, que Cristo lo acompaña, que toda alma necesita nuestras publicaciones, que él realiza el mayor favor del mundo a la gente, más sereno estará y más gusto e inspiración sentirá por el colportaje.

También cuanto más se preocupe el colporteur por la salvación de las almas que visita, menos se preocupará por sí mismo, más libre estará del temor, más valentía sentirá para visitar a la gente, para ofrecerles nuestros libros y revistas, y para hablarles de su alma y del amor de Dios.

### **Sin saber el idioma**

Pocos principiantes han tenido un comienzo tan singular como Max Grunzeug. Acababa de llegar a Venezuela procedente de Alemania, con escaso conocimiento del castellano.

Antes de salir de su tierra natal, alguien le aconsejó que para aprender el idioma castellano, saliera a colportar. Pero el director de colportaje de Venezuela pensó que sería imposible o muy difícil colportar sin saber el idioma. Sin embargo, le entregó el relato de venta y el prospecto.

Aunque fue una tarea dura, Grunzeug memorizó el relato. Entonces el director lo acompañó a la calurosa ciudad de Valencia, entonces de unos 20.000 habitantes, capital del Estado de Carabobo.

Debido a otros compromisos, el director no pudo iniciarlo en esos días, así que le dio algunas instrucciones, le prometió regresar a la siguiente semana y lo dejó para que empezara solo. ¡Tremenda situación!

El director le había dicho entre otras cosas: “Trabaje de 8:30 a 11:00 de la mañana en el comercio. A esa hora vuelva a la pensión, tome una ducha, almuerce, descanse unos minutos; luego de 12:00 a 2:00 de la tarde colporte en casas de familia; de 2:00 a 5:00 otra vez en el comercio. A esa hora tome otra ducha, la comida y un descanso, y de 6:00 a 9:00 colporte en casas de familia otra vez”. En total, más de diez horas de trabajo diario.

También le dijo: “Si puede, vea primero a quien en

aquel tiempo se llamaba presidente del Estado". Para el disciplinado Hno. Grunzeug, esas recomendaciones eran ley y las cumplió al pie de la letra.

Al día siguiente, exactamente a las 8:30 de la mañana, Grunzeug se presentó en la gobernación, y un tanto nervioso, pidió hablar con el presidente. La secretaria recibió su tarjeta y le dijo que esperase. Grunzeug esperó hasta las nueve, hasta las diez, hasta las diez y media, y la secretaria no le decía nada. Entonces el novato colporteur se fue, pensando que había perdido la mañana, sin percibir que Dios lo estaba dirigiendo.

De regreso en la pensión, tomó la ducha, almorzó, descansó, y a las doce salió a colportar en una zona residencial.

Una vez allí, llamó en una casa de hermoso aspecto. La señora lo invitó a entrar y en seguida empezó a presentarle el libro. La señora le dijo: "Espere un momento", y llamó al esposo.

Grunzeug empezó el relato de nuevo, que era todo lo que sabía decir. Cerca del fin del relato, el hombre le hizo una pregunta. Grunzeug no entendió, se puso nervioso y olvidó el resto del relato. ¿Qué hacer ahora? Empezó el relato de nuevo. El hombre parecía comprender la situación y reía de buena gana. Al fin le dijo: "Bueno, voy a comprarle". Aquello fue el cielo abierto para el colporteur.

En la siguiente casa ocurrió un milagro mayor aún. Grunzeug llegó a una enorme mansión ubicada en el centro de una manzana, rodeada de un hermoso jardín y una cerca. El colporteur rodeó toda la manzana, y aunque parezca raro, no encontraba la entrada. Por fin se cruzó con un niño y le preguntó:

—¿Quién vive aquí?

—El Dr. Tejera —respondió el pequeño.

—¿Y dónde está la entrada?

—Venga conmigo y le mostraré.

Cuando Grunzeug llamó, salió una sirvienta, lo miró con extrañeza y se fue sin atenderlo. Luego vino un joven. Grunzeug le dio su tarjeta y le dijo:

—Quiero hablar con el Dr. Tejera.

—Espere un momento, —respondió el joven, y cuando regresó, le dijo:

—Sígame. Atravesaron la cocina y otras habitaciones y llegaron a una sala donde estaba el doctor Tejera esperándolo. El hombre escuchó el relato y preguntó:

—¿Este libro es religioso?

—Sí, es un libro adventista —pudo contestar el colportor.

—Tráigamelo —respondió el médico, y firmó.

Cuando el colportor quiso salir por donde había entrado, el médico le dijo:

—No, por este lado.

Entonces Grunzeug comprendió que había entrado por la puerta de servicio.

Cuando iba saliendo, un policía lo detuvo y le preguntó:

—¿Por dónde entró Ud.?

—Por la puerta de atrás.

—No comprendo cómo pudo entrar, comentó el policía.

—Yo tampoco —agregó Grunzeug, y siguió su camino.

Luego visitó una gasolinera. Cuando el dueño vio el nombre de los compradores, encargó también el libro y dijo:

—¡Qué clientes importantes tiene Ud.!

—¿Por qué? —preguntó Grunzeug.

—Porque ese nombre del médico que tiene ahí, es el presidente del Estado.

Entonces Grunzeug comprendió que Dios estaba con él, y que él abre las puertas a los que aceptan su llamado.

Cuando Grunzeug supo que su segundo comprador era nada menos que el presidente del Estado, visitó al secretario, quien también compró su libro. Pidió su autorización para trabajar la gobernación y alcanzó un éxito espectacular. Esa primera tarde de colportaje de su vida, yendo de un escritorio a otro, tomó 39 pedidos.

A la semana siguiente, cuando el director fue a iniciarlo, quedó asombrado. El éxito que tuvo ese colportor extranjero, que no sabía el idioma, era increíble. En ese primer mes Grunzeug tomó 344 pedidos, un promedio de 17 pedidos por día. Para entregar todos esos libros tuvo que al-

quilar un taxi durante dos días. De toda esa cantidad, apenas tres personas rechazaron su libro.

Así prospera Dios a los esforzados y tenaces. Grunzeug empezó en la más difícil condición. No obstante, llegó a ser el colportor de más ventas de toda la División. Además, más tarde en Caracas, ganó a una familia de cinco personas. Colportó durante seis años y llegó a ser director de colportaje de Honduras.

El dice: "La palabra imposible no existe para Dios. Aquella tarde en que empecé a colportar, Dios me cegó para no ver la entrada principal de la casa del presidente, porque el policía no me hubiera dejado entrar. Aquel niño que me llevó a la puerta trasera de la casa, fue para mí un ángel".

### Un buen comienzo

No siempre los novicios tienen un comienzo difícil, ni siempre tienen que esperar mucho para encontrar almas prontas a aceptar la verdad.

Esa fue la experiencia de José Pinto, en la Misión Central del Brasil. Cuando lo inició, el director hizo las primeras presentaciones y después de tomar algunos pedidos, le dio el prospecto a Pinto para que empezara él.

Para que la primera entrevista fuera más fácil para Pinto, el director le pidió que fuera solo, mientras él lo iba a esperar allí cerca orando.

Al llegar a la finca para hacer su primera oferta, Pinto no encontró al dueño. Vio a dos hombres arrancando frijoles y temblando con esa nerviosidad natural del principiante, les presentó sus libros. Para su alegría, cada uno de ellos le encargó *Vida de Jesús*, *Excelencia de las buenas maneras*, la Biblia y cinco libros pequeños.

Cuando Pinto volvió a entregar los libros, encontró al dueño, quien le preguntó qué libros estaba vendiendo. Después de verlos, él también los encargó, y le dijo: "Esta noche vaya a posar en mi casa, para que nos enseñe la Biblia".

Aunque todavía era temprano y tenía que hacer otras entregas, Pinto aceptó la invitación de quedarse en esa casa.

Esa noche estudió la Biblia con ese hombre y su sobrino. Como estaba cansado, acortó el estudio para retirarse a descansar, pero el señor le hizo pregunta tras pregunta y quedaron estudiando hasta la una de la mañana.

Pinto siguió visitándolos y estudiando la Biblia con ellos, y algunos meses después, cinco personas fueron bautizadas allí, el dueño de la finca, su hermana y tres sobrinos. ¡Un hermoso y envidiable comienzo!

### **“Yo cometí un error”**

A los 17 años de edad, Saúl Llenez, de Venezuela, enfermó gravemente de peritonitis. Cuando su vida estaba pendiente de un hilo, oró a Dios prometiendo que si lo sanaba, se dedicaría a su obra.

Cuando se puso bien, escribió al director de colportaje, y después de la debida preparación, el subdirector lo inició trabajando cuatro días con él. El primer día en que Llenez empezó a colportar solo, tuvo una de esas duras experiencias que el enemigo provoca para desanimarnos y que Dios permite para fortalecernos.

Durante toda la mañana no tomó ningún pedido. A eso de las tres de la tarde, una señora decidió encargar sus libros. Cuando estaba por firmar, salió un hombre del interior de la casa, y enojado, le habló a gritos, diciendo entre otras cosas: “Lo oí desde la otra habitación. Ud. está engañando a mi esposa. A ver su credencial”.

El colportor quiso hablar, pero el hombre levantó más la voz y no lo escuchó. En cambio, sacó su revólver, tomó al colportor por un brazo y le dijo:

—Ud. queda detenido.

Al oír los gritos, la gente empezó a aglomerarse junto a la ventana. Pronto se habían reunido como veinte curiosos.

Entonces Saúl le preguntó al hombre con qué autoridad quería detenerlo.

—Yo soy el segundo jefe de policía —respondió el hombre.

Mientras seguía amenazándolo con el revólver, el colportor le dijo:

—Señor, yo soy de la Iglesia Adventista del Séptimo Día y estoy presentando estos libros para el bien de los hogares. Ud. sabe que el mundo está sufriendo de muchos problemas. Estas obras son una protección para el hogar y los hijos, porque ayudan a evitar los problemas actuales y contribuyen a su solución, ayudan a mejorar la salud y alcanzar la paz del corazón.

El hombre se fue calmando y escuchó el resto de la presentación. Al fin, el hombre guardó su revólver y le dijo al colporteur:

—Joven, perdone lo que hice con Ud. Ahora comprendo el buen motivo de su visita.

Sacó su lapicera, firmó y espontáneamente le dio la mitad del importe.

Seguidamente invitó a los que estaban mirando por la ventana a entrar, y les dijo:

—Yo cometí un error al tratar a este joven de esta manera. Les pido que Uds. también me perdonen. El está presentando algo muy bueno. Los invito a que vean los libros y a que también los encarguen.

De esas personas, ocho encargaron los libros y cinco compraron el juego de revistas. Además, el subjefe invitó a Saúl a la estación de policía, lo presentó al jefe, quien también encargó los libros.

Así convierte Dios las dificultades en hermosas victorias para los que no se desaniman y prepara a sus obreros para mayores triunfos en su obra.

### **Este miedo es del diablo**

Walkirio Lima también sintió el miedo de los novicios. Empezó a colportar solo y antes de ser bautizado. Lo autorizaron a tomar suscripciones a la revista *Vida e Saúde*.

Lo primero que hizo al llegar a la ciudad brasileña de Sobral, fue buscar alojamiento. Una vez instalado oró a Dios y salió a empezar su trabajo. Cuando se iba acercando al centro de la ciudad, aunque hacía calor, sintió un frío glacial por todo el cuerpo y no se animó a empezar.

Regresó a la pensión, oró otra vez y salió decidido a em-

pezar. Pero al llegar al centro, de nuevo sintió aquel frío y volvió a la pensión a orar. Y aunque parezca raro, nueve veces oró y salió decidido a empezar, y ocho veces regresó deprimido y acobardado.

Por fin se dijo a sí mismo: “Este miedo es del diablo. Tengo que vencerlo. Voy a empezar ahora mismo”. En la primera visita, su tenacidad fue severamente probada. Su primer entrevistado fue un médico, quien al ver la revista, reprendió descortésmente a Lima, diciéndole: “¿No le da vergüenza a un hombre de su edad, venir a ofrecerme una revista de salud?” Y lo echó de su consultorio.

Walkirio salió derrotado, pero no vencido. Sin embargo, al mirar los grandes edificios que tenía que visitar, de nuevo sintió ese frío que le corría por la espalda.

Llegó a un banco y decididamente se dirigió a la oficina del gerente. El hombre lo atendió mejor, se suscribió a la revista y lo autorizó a ver a los demás empleados. Salió de la gerencia, se acercó al mostrador del banco y fue llamando a los empleados uno por uno. Tomó seis suscripciones y con cada suscripción que tomaba, se sentía más fortalecido. Eso ya era un buen comienzo.

Después entró en un centro escolar y tomó diez suscripciones más. Desde entonces su trabajo fue tan bien, que Walkirio comprendió que aquel miedo inicial era del enemigo que quería desanimarlo para impedir que las almas recibieran la luz de Dios.

Walkirio Lima se volvió tan valiente en el colportaje que en aquel tiempo y en aquel lugar de prejuicio religioso, una vez un hombre le preguntó:

—¿Es protestante este libro?

—Hasta la letra —respondió Walkirio mirándolo de frente. Al hombre le gustó esa franqueza y encargó el libro.

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”

### **¿Por qué desanimarse?**

La primera vez que Benito Raimundo empezó a colportar, fue acompañado por el director auxiliar hasta la ciudad de Piracicaba, Brasil. El primer día trabajaron entre las au-

toridades y las personas de mejor posición, con el más completo fracaso; no tomaron ningún pedido. Al final del día, los dos se sentían cansados y deprimidos, especialmente el subdirector.

Entonces el subdirector le dijo a su discípulo: “Siento que no hayamos tomado ningún pedido. Tengo que irme ya. Lo mejor será que Ud. pase un telegrama al director y le pida otro territorio”. Y el subdirector se fue.

Pero el joven Raimundo tenía otro espíritu. Además, por la fuerza de las circunstancias, pensó: “¿Cómo pasar un telegrama si no tengo dinero para pagarlo, ni para pagar la pensión, ni para ir a otro lugar?” Así que no aceptó la derrota como un fracaso ni siguió el consejo.

A la mañana siguiente, después del descanso nocturno, se sintió mejor y con más esperanza. Mientras tomaba su baño matutino pensó dónde trabajar ese día y decidió acertadamente empezar entre los humildes. Hizo su primera presentación a un comerciante modesto y tomó su primer pedido. Eso aumentó su fe y su ánimo y el resultado final de ese primer día de colportaje para él, fue un maravilloso contraste con el día anterior. El novicio principiante terminó ese día con 18 pedidos en su prospecto.

Entonces sí, Raimundo mandó un telegrama. Pero en vez de pedir otro territorio, pidió doscientos libros que alcanzaron para su primera entrega. El que no se desanima, sino que mantiene sus ojos en Cristo Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe y director de esta obra, realiza maravillas.

### **“Ud. tiene el poder de Dios”**

El primer día que empezó a colportar, la señora Vanda de Munis, de Río de Janeiro, notó que mientras ella presentaba el libro *Vida de Jesús* en cierta casa, el señor que la escuchaba estaba conmovido y llorando. Por fin él le dijo:

—¿Es Ud. creyente?

—Sí, señor. Soy adventista del séptimo día —respondió ella.

—Se ve que Ud. tiene el poder del Espíritu Santo. ¡Con qué seguridad habla! Eso me conmueve y estoy más impresionado todavía porque anoche soñé con ese grabado que me está mostrando y con esas mismas palabras que me está diciendo.

La colportora tomó el pedido, le dio un estudio bíblico a él y a su esposa y lo inscribió en el curso bíblico postal.

Ese mismo día, primer día de colportaje para ella, Vanda tuvo otro caso milagroso. Una señora le contó su gran aflicción por causa de su esposo que fumaba, bebía y jugaba a las carreras. A esa señora, Vanda le vendió una sola revista, pero empeñó su fe diciéndole: “Voy a orar por su esposo, y Ud. verá lo que esta revista hará por él”.

Y el que oye la oración de sus hijos, no defraudó la fe de la Hna. Munis.

En otra visita, esa señora le contó a la colportora el grandioso resultado de la revista. Un día, el esposo la llevó consigo y la leyó mientras iba en el ómnibus a su trabajo. Algunos días después, el hombre preguntó a su esposa: “¿Dónde conseguiste esa revista?” Cuando le explicó que la había comprado de una señora, el esposo agregó: “Cuando veas a esa señora, felicítala, porque gracias a esa revista decidí no fumar más, ni beber más, ni jugar más”.

Entonces la señora siguió contándole a la colportora: “Mi esposo está transformado. Antes diariamente volvía ebrio a la casa, ahora no ha vuelto más a los vicios, en cambio lee la Biblia, asiste a la iglesia conmigo y realiza el culto de familia en casa”.

Estos dos milagros ocurrieron el primer día de colportaje de la Hna. Vanda Munis. ¡Qué alegría y qué inspiración siente el colportor de fe, al ver que el poder del cielo lo acompaña!

### **El espíritu del triunfo**

Cuando José Francia, de Paraná, Brasil, recibió el llamado a colportar, vendió su finca con el fin de consagrarse enteramente a esta obra de Dios. Un buen hermano se compadeció de él, y queriendo ayudarle, le hizo una bonda-

dosa oferta. Le dijo: “Hno. Francia, Ud. quemó su terreno. Pero yo le voy a prestar otro, para que Ud. cultive una huerta y tenga con qué vivir”.

Pero Francia le respondió con fe y decisión: “Muchas gracias, hermano. Yo no voy a *probar* el colportaje, voy a *dedicarme* a esta obra y el Señor me bendecirá”.

Desde entonces, año tras año, José Francia ha colportado con éxito en las ventas y en la ganancia de almas, verificando que Dios prospera a los que confían en él, y trabajan con fervor y abnegación. Todos los años Francia estuvo entre los campeones del Señor, y hasta llegó a ganar a quince almas en un solo año.

### **Rebosando gratitud**

Waldir Santos era un joven de campo. Sentía un intenso deseo de ser colporteur, pero no se le abría el camino. A veces hasta se le salían las lágrimas por su ansiedad de trabajar para Dios.

Una noche, sintió en su sueño una voz que le hablaba. No vio a nadie, pero oyó claramente una voz que le decía: “Waldir, deja todo y entra en el colportaje”. En ese sueño oyó tres veces las mismas palabras.

Dos meses después tuvo otra vez el mismo sueño. Aún así, no podía resolver sus problemas financieros. Durante un tiempo y por muchos días trabajó en el campo hasta media noche para reunir algún dinero con que empezar a colportar. Y al fin pudo cumplir el gran anhelo de su vida. Tres años después, al contar su experiencia, nos dijo: “Ahora mi corazón está rebosando gratitud y alegría”.

Un día, estaba ofreciendo sus libros en cierta casa y llegaron dos hombres. Uno de ellos era conocido de Waldir, porque un año antes le había vendido varios libros y le había dado un estudio bíblico. Cuando vio al colporteur el hombre le dijo: “A ver si me visita algún día, tengo muchas cosas que hablar con Ud.”

Cuando Waldir llegó a casa de ese hombre, le dio otro estudio y le marcó en la Biblia los Diez Mandamientos. Al final, este hombre le dijo a Waldir: “Me parece que Dios

lo ha enviado a mi casa. De aquí en adelante vamos a guardar el sábado”.

Este es el mayor gozo de los colportores, el mejor premio que Dios puede darles.

### **“Dios me cambió la voz”**

A pesar de la oposición de sus padres, Irineo Pereira aceptó la verdad que le impartió un esforzado mensajero de la página impresa. Cada vez que yo visitaba su ciudad en el Uruguay, Irineo me hablaba de su deseo de colportar. “Siento que Dios me está llamando a colportar”, me decía.

Aunque la misión necesitaba colportores y aunque él era sincero y ferviente, nunca animé su deseo. El tenía lo que me parecía un grave impedimento. Irineo era lento, a veces tartamudeaba; de poca escuela, tosco, sin refinamiento social. Y lo más grave estaba en su voz. Tenía una voz aguda, alta, muy tiple y femenina, que provocaba la risa de los que le oían hablar. Hasta a los hermanos de la iglesia, que lo apreciaban, les costaba reprimir el espíritu festivo que provocaba su voz.

No obstante, el presidente de la misión me dijo sabiamente: “Sin embargo, si él siente que Dios lo llama al colportaje, no sería justo negarle la oportunidad de probar su llamado”.

Así, Irineo fue aceptado e hice los preparativos para iniciarlo. Un día, me escribió diciendo que había memorizado bien el relato, que el día designado estaría esperándome y terminaba diciendo lacónicamente: “Dios me cambió la voz”.

El día en que bajé del ómnibus para ir a iniciarlo, allí estaba Irineo esperándome, feliz y sonriente. En seguida oí algo raro en él y le pregunté:

—Hermano Pereira, ¿qué le pasa? ¿está resfriado?

El me miró sorprendido y respondió:

—No. ¿No se acuerda que le escribí diciéndole que Dios me cambió la voz?

—¿Dios le cambió la voz? Sí, recuerdo, ¿cómo fue?

—Pues yo noté que cuando yo hablaba, la gente se

reía de mí. Me di cuenta que eso iba a estorbar mi éxito en el colportaje; así oré a Dios diciéndole que si él quería que yo entrara en la obra del colportaje, que me cambiara la voz. Y Dios me cambió la voz.

Al oír esa explicación quedé más admirado aún y volví a preguntarle:

—Bueno, ¿cómo sucedió ese milagro? Cuando Ud. terminó de orar ¿se le cambió la voz en el acto?

—No —respondió él—. Después de la oración, no sucedió nada. Pero unos días después me resfrié y quedé ronco. Después sané del resfrío, pero mi voz quedó así de gruesa.

Y ¡qué cambio! Aunque en ese entonces Irineo tenía 25 años, ahí estaba ahora con una nueva voz gruesa, varonil, de timbre bajo y agradable, y esa voz le quedó así siempre. Para el Todopoderoso Creador, todo es posible.

Ese mismo día, tarde en la noche, llegamos al pueblecito de Cebollatí, donde lo iba a iniciar en la venta de un libro religioso, la Biblia y las revistas. Luego él iba a seguir colportando en el campo.

A la mañana siguiente empezamos. Yo hice varias presentaciones y tomé algunos pedidos, mientras él observaba. A eso de las once de la mañana le pregunté: “¿Quiere empezar ya?” Otros novicios generalmente pedían postergar el comienzo, pero él respondió: “Bueno”. Entonces le di los prospectos.

En ese tiempo seguíamos un sencillo pero eficaz método, que ayudó a elevar a la pequeña Misión Uruguay, desde los últimos lugares en la división, al segundo puesto en ventas en toda Sudamérica. Llevábamos dos prospectos, uno del libro grande, y otro de tres libros chicos. Con cada unidad iba la Biblia y la suscripción de la revista por un año. Entonces, al que no encargaba el libro grande, le ofrecíamos los libros chicos, y al que no encargaba ni los chicos, le ofrecíamos una colección de cuatro revistas.

Pero en su primera presentación, Irineo no procedió así, a pesar de que yo había seguido ese método cuidadosamente, para darle el mejor ejemplo posible. En la primera casa donde llamó, Irineo presentó el libro grande y tomó el pe-

dido. Su primera oferta fue una venta. ¡Magnífico comienzo!

Yo pensé que Irineo se despediría, pero no. Guardó el prospecto del libro grande, sacó el prospecto de los libros chicos y también se los ofreció. El hombre le dijo: “Muy bien. Tráigame estos también”.

Ahora sí, Irineo se despediría, pero tampoco lo hizo. Guardó el prospecto de los libros pequeños, sacó las revistas y se las ofreció. “Muy bien —dijo el señor—. Me quedo con ellas”. “Estas revistas se pagan ahora”, le explicó Irineo con naturalidad. Y el señor se las pagó. Esa tarde entregamos esos libros, porque el hombre nos dijo que ese mismo día salía a su casa de campo.

De esa manera, desde el mismo comienzo, el joven a quien Dios le cambió la voz tuvo un éxito muy satisfactorio.

Un estudiante colporteur me dijo una vez: “Yo no sé cómo un joven tan simple y sin instrucción puede vender libros”. ¿La explicación? Mientras ese joven estudiante era académico y frío, Irineo, el simple, tenía el fervor del misionero que piensa primero en la salvación de los que visita.

La maravilla es que Irineo no sólo vendía libros, sino que también ganaba almas en un país difícil para los resultados misioneros. Entre las personas que ganó se contaba una maestra y su familia.

El siguiente caso singular es un ejemplo de la gracia divina que lo acompañaba. Un hacendado le dijo: “No voy a comprar su libro porque parece comunista”.

El respondió: “Siento que no le expliqué bien. El libro no es comunista, sino cristiano. Aquí puede verificarlo” y le mostró otros capítulos religiosos del libro. “Además —siguió diciendo Irineo—, con esta obra le dejo también la Santa Biblia, que es la Palabra de Dios”.

Entonces el hacendado aceptó y pagó los libros. En seguida, con esa misma Biblia, que acababa de entregarle, Irineo le leyó y le explicó los Diez Mandamientos al hombre y su familia, y en el acto ellos aceptaron el sábado. Irineo volvió a casa de ese hombre, y pasó el siguiente sábado con ellos. Les dio otros estudios y también les cantó el

hermoso himno “Oh, qué amigo nos es Cristo”, y mientras él cantaba, ellos oían conmovidos y las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Ahí estaba el milagro divino. Esa voz que antes provocaba hilaridad, ahora conmovía hasta las lágrimas. Eso evidencia los prodigios que Dios ejecuta en los que le sirven y por medio de ellos. El da el talento y prospera a los que aceptan su llamado y trabajan con amor.

